

VIVA EL (NEO)LIBERALISMO

"EXCÉNTRICO", DICE GABRIEL TORTELLA, "ESE ES EL ADJETIVO QUE BUSCABA".

El historiador de la economía me está contando sus andanzas de estudiante en Estados Unidos, a principios de los 60. "Keynes era entonces la Biblia", recuerda. "Sus teorías habían tenido bastante éxito en la posguerra" y, entre "el prestigio de la Unión Soviética", que acababa de poner en órbita el Sputnik, y "el aura de culpabilidad" que había arrojado sobre el capitalismo la Gran Depresión, los liberales andaban de capa caída. "Todos éramos socialistas".

¿Todos? ¡No! Una pequeña secta de irreductibles resistía en Chicago, y la vida no era sencilla para las universidades vecinas. "Yo estaba en Wisconsin", sigue Tortella, "y hasta allí irradiaba el renombre de Milton Friedman. Recuerdo que vino a darnos una conferencia y nos contó que el modelo keynesiano servía para circunstancias especiales, como los años 30, pero que lo que funcionaba en condiciones normales era el mercado.

Aunque", puntualiza, "nunca pretendió el regreso al simplismo de la escuela clásica. Conocía bien sus limitaciones".

En un artículo de 1951, Friedman había criticado los excesos del *laissez faire* en el siglo XIX y había abogado por una vía intermedia, que reconociera las "importantes funciones positivas que el Estado debía asumir", al tiempo que reservaba la iniciativa empresarial al sector privado. Se titulaba "El neoliberalismo y sus perspectivas" y pocos economistas discutirían hoy su contenido. Pero en aquella atmósfera "infectada" de colectivismo sonaba, efectivamente, como un excéntrico.

"Hasta que le llegó su día", sentencia Tortella. "Como sucede a menudo con las ideas, el éxito depende del contexto histórico. El puro razonamiento no convence a casi nadie. Hizo falta que estallaran Vietnam y la crisis del petróleo para que se viera que Keynes no era infalible. La inflación se fue a los dos dígitos, el de-



POR MIGUEL
ORS VILLAREJO
ILUSTRACIÓN
JOSETXU LÓPEZ
PIÑEIRO
FOTOGRAFÍA
J.M. PRESAS

empleo se disparó y, de repente, después de haber sido el evangelio, todo el mundo renegaba de él... La humanidad se mueve así, a bandazos".

LA ESTIRPE AZUL. No hay acuerdo a la hora de fijar el nacimiento del neoliberalismo. Emerge en lugares y momentos muy distintos y, para complicar la genealogía, en su linaje se mezclan los antepasados de derechas y de izquierdas.

El término aparece documentado por primera vez en un texto de 1898. Charles Gide, un cooperativista francés, se lo tira a la cabeza a Maffeo Pantaleoni, un representante italiano de la escuela clásica. Esta tónica va a repetirse a lo largo de la historia. "No tengo ni idea de qué significa neoliberal", explica Jesús Fernández-Villaverde, profesor de la Universidad de Pensilvania. "Lo único que sé es que, cuando se lo dicen a alguien, es para descalificarlo".

La palabra ha acabado asociada a una defensa tan extrema del mercado que muchos de sus promotores han renunciado a usarla. El propio Friedman se refería a sí mismo como monetarista o, simplemente, liberal. Lo paradójico es

táneamente de la interacción de las personas, al margen del Estado.

Pero el punto de vista que prevaleció fue el mucho más moderado de Alexander Rüstow, uno de los ideólogos de la República Federal Alemana. De pasado izquierdista, Rüstow veía con "simpatía los ensayos de [Franklin Delano] Roosevelt y el gasto social", escribe Escalante, y propuso el adjetivo neoliberal "para dejar claro que no se trataba del liberalismo [...] manchesteriano".

Es verdad que, tras la Segunda Guerra Mundial, Hayek tomaría la iniciativa con la creación de la Mont Pèlerin Society, cuyo propósito era "capturar la imaginación de las élites decisivas". Este influyente *lobby* llegó a tener alrededor de 800 miembros "en su momento de máxima expansión, a fines de los años 80", explica Escalante. Pero para entonces el centro de gravedad del movimiento se había trasladado desde Europa y la escuela austriaca a Estados Unidos y la Universidad de Chicago.

LA ESTIRPE ROJA. El linaje izquierdista del neoliberalismo es bastante posterior. Su puesta de largo es el *Manifiesto neoliberal*

CUANDO LLAMAN A ALGUIEN NEOLIBERAL ES PARA INSULTARLO

que, como hemos visto en su artículo de 1951, el neoliberalismo se concibió como un compromiso entre la planificación soviética y el individualismo exacerbado. En su *Historia mínima del neoliberalismo*, el sociólogo Fernando Escalante cuenta que en el encuentro convocado por el filósofo Louis Rougier en agosto de 1938 para "establecer una nueva agenda para el liberalismo" se discutió mucho el nombre que debía adoptar la corriente. A aquella cita asistieron Ludwig Von Mises y Friedrich Hayek, que no son conocidos por sus medias tintas. Para Mises, la burocracia es intrínsecamente mala y tiende a perpetuarse. Hayek, por su parte, cree que el progreso surge espon-

ral de 1983. Su autor, Charles Peters, era un admirador confeso del New Deal. En 1969 había lanzado la *Washington Monthly*, una revista de centroizquierda, pero como tantos liberales (en el sentido norteamericano del término, es decir, socialdemócratas) se había ido desencantando a medida que se hacía "dramáticamente obvia" la ineficacia de las respuestas keynesianas a los "problemas que empezaban a asolar el país en los años 70: la caída de la productividad, las fábricas cerradas y las carreteras llenas de baches [...], las agencias gubernamentales ineficientes [...] y una política particularista, simbolizada en la explosión de comités de acción consagrados a velar por los in-

tereses de grupos concretos". Peters creía que los iconos de la izquierda (los sindicatos, el gran Gobierno, la escuela pública) habían perdido su vocación de servicio público. Los sindicatos exigían subidas de sueldo absurdas, que minaban la competitividad de la industria e impedían el acceso de los jóvenes al primer empleo; la Seguridad Social regalaba alegremente subsidios a personas que no los necesitaban, y "demasiados profesores se habían vuelto sencillamente incompetentes". "No estamos en contra del estado de bienestar [...] como parecen estarlo muchos conservadores", escribía Peters. "Pero sí estamos en contra de una burocracia inflada, chapucera y prepotente [...]. Queremos que la Administración pueda echar a la gente que no quiere o no es capaz de cumplir con sus obligaciones".

Esta corriente moriría de éxito. Bill Clinton y Tony Blair incorporaron casi todos sus planteamientos, salvo la etiqueta. Ellos siempre prefirieron presentarse a sí mismos como la "tercera vía". Neoliberal era una palabra contaminada.

¿De dónde le viene tan terrible reputación? Desde luego, no de los contenidos que intentaron adjudicarle sus promotores, de derechas o de izquierdas. Lejos de ser peligrosos radicales, unos y otros instaban a suavizar las aristas de manchesterianos y keynesianos. Pero la propaganda socialista ha sabido identificarlos en el imaginario popular con un oscuro y sórdido complot.

PLIEGO DE CARGOS. "A partir de 1945", escribe Escalante, "en los países centrales de Europa se construyó un estado de bienestar generoso, eficiente, que permitía a la mayoría un nivel de vida que hubiese sido inimaginable unos años antes".

"La clase media americana no brotó por generación espontánea", observa por su lado el Nobel Paul Krugman en *La con-*



Según Paul Krugman, la clase media americana fue fruto de una fiscalidad progresiva y unos sindicatos fuertes.

ciencia de un liberal. "Fue el resultado de [...] la gran compresión de ingresos que tuvo lugar durante la Segunda Guerra Mundial". Este fenómeno se preservó durante décadas gracias a unas normas culturales que favorecían la igualdad, unos sindicatos fuertes y una fiscalidad progresiva.

Pero "la situación cambia, casi de la noche a la mañana, en los años 70", sigue Escalante. "Se produce entonces el giro decisivo".

Krugman cuenta que en Estados Unidos la derecha más extrema secuestra al Partido Republicano y, una vez en la Casa Blanca, embauca a la opinión pública con "armas de distracción masiva", como la política exterior, mientras baja los impuestos a los ricos, reduce los subsidios y aplasta el movimiento obrero. ¿Por qué?

"Es imposible saber con seguridad por qué se impuso finalmente el modelo

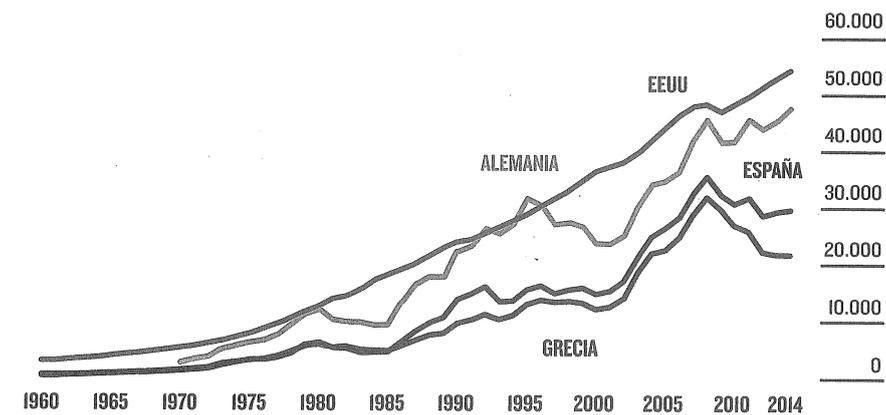
neoliberal", responde en su libro *Escalante*. Su tesis es que el "clima de inestabilidad" que reinaba en Occidente, tanto político (huelgas, protestas, terrorismo) como financiero (inflación y paro galopantes), exigía "hacer algo, y hacerlo pronto". El programa que habían urdido paciente y astutamente en la Mont Pèlerin Society "tenía lista una alternativa" y, a falta de nada mejor, "comienza una desindustrialización general de Europa y una caída sostenida de los salarios promedio, cuyo máximo histórico se alcanza en casi todas partes en algún momento de los primeros 70".

Peor todavía. El escritor George Monbiot denuncia en *The Guardian* que muchos problemas que "nos parecen elementos aislados", como "el desastre ambiental", "la lenta destrucción de la sanidad y la educación" y, por supuesto, "la desigualdad" tienen "un hilo ▶

VIVA EL (NEO)LIBERALISMO

UN MUNDO MEJOR

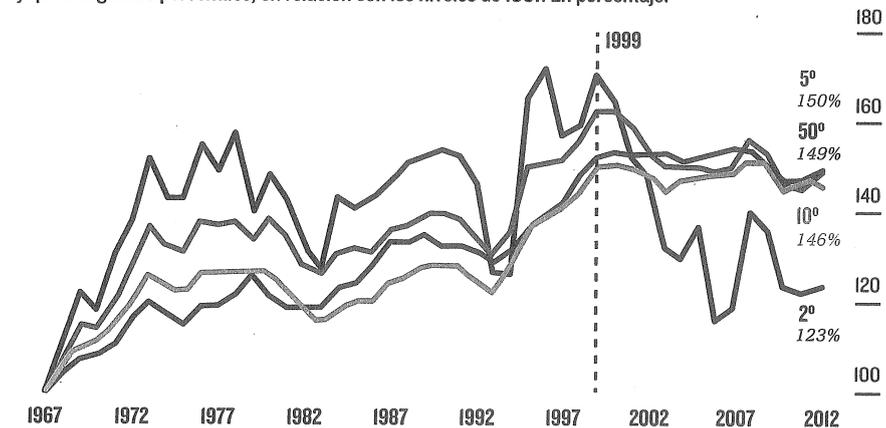
Evolución de la renta per cápita en dólares y paridad de poder de compra.



Fuentes: World Economics and Expansion.

QUÉ HA PASADO CON LOS MÁS POBRES

Evolución de los recursos económicos de los hogares en el segundo, quinto, décimo y quincuagésimo percentiles, en relación con los niveles de 1967. En porcentaje.



Fuente: Liana Fox y Christopher Wimer, Columbia University, corregidos por Christopher Jencks.

conductor": son "fruto directo o indirecto" de una filosofía que considera que "el mercado ofrece ventajas que no se podrían conseguir mediante la planificación" y que propugna "bajar los impuestos, reducir los controles y privatizar los servicios públicos".

Se trata de un impresionante pliego de cargos. ¿No es superior el mercado a la planificación? ¿Está acabando con el planeta? ¿Qué necesidad había de privatizar y de bajar los impuestos, y cuáles han sido las consecuencias? ¿Qué pasó con la igualdad? ¿Estamos, en

suma, peor hoy que en los años 70? ¿Y qué será de nuestros hijos?

EL ORDENADOR. "El argumento inteligente en favor del mercado no es que sea perfecto", dice Jesús Fernández-Villaverde. "Eso es una caricatura que defiende una exigua minoría y que le sirve a Podemos para satanizar a los liberales". A sus alumnos, Fernández-Villaverde les enseña que es "normalmente la mejor institución dentro de las factibles". Y desgrana a continuación los diferentes elementos de la definición. "Normalmente, porque hay situacio-

nes en las que el mercado funciona mal". Un caso notorio son los coches de segunda mano: nunca sabes si el que te va a colocar el vendedor es o no un cacharro, y esta asimetría de información hace que nadie esté dispuesto a pagar demasiado, lo que acaba expulsando a cualquier vehículo atractivo.

"El mercado es también la mejor institución", puntualiza, "no perfecta. Y lo es dentro de las factibles, porque no tiene sentido compararlo con algo inexistente. Por ejemplo, durante la pasada crisis el crédito no fluía y algunas voces plantearon restablecer la banca pública. Si esta estuviera efectivamente al servicio de los hogares y las empresas, podría justificarse, pero los últimos 30 años nos han enseñado que acaba secuestrada por los políticos de turno. Esa es la alternativa: entidades privadas factibles y entidades públicas factibles, no ideales".

¿Y por qué el mercado es normalmente la mejor institución? "Por dos motivos", responde Fernández-Villaverde: "información e incentivos. La izquierda no se da cuenta de que el sistema de precios es un gigantesco ordenador, que indica en cada momento qué sobra y qué falta. Le voy a contar mi experiencia", añade. "Cuando me licencié, no sabía si hacer el doctorado en historia de la economía o en macro, y un argumento decisivo para inclinarme por la segunda fue que brindaba más oportunidades de empleo. ¿Y cómo lo supe? Por los sueldos. Su nivel relativo señalaba que la demanda de macroeconomistas era superior".

Al alertar sobre lo que se necesita, los precios ayudan a que los recursos se asignen de la forma más conveniente para la sociedad en su conjunto. "Los soviéticos no ignoraban la importancia de los incentivos materiales. Se dieron cuenta de que la gente prefería que le subieran el sueldo a que le colgaran la Orden de Lenin en la solapa, pero tropezaron con el inconveniente de que no había mucho que comprar". La planificación central no es eficaz produciendo bienes de consumo. "Una compañera mía de doctorado se crio en la URSS", recuerda, "y me decía que desde pequeña te acostumbabas a llevar siempre encima una bolsa, porque nunca sabías cuándo ibas a pasar por delante de una tienda que

acababa de recibir un cargamento de benjenas o de lo que fuera. Y otra cosa que me contó fue que, al cumplir los 16 años, su padre le regaló una docena de naranjas. El hombre era un influyente ingeniero, había movido cielo y tierra para conseguírselas y ella lloraba de alegría... Eso es el socialismo".

MAL AMBIENTE. La evidencia histórica revela que el mercado también preserva mejor el entorno. "Solo hay que ver lo que pasó donde no había capitalismo", observa Carlos Rodríguez Braun, catedrático de Historia del Pensamiento Económico de la Universidad Complutense. El analista Colin Grabow escribe en *The Federalist* que, tras el colapso de la URSS, "uno de los descubrimientos más asombrosos" fue "la situación de pesadilla" en que se hallaba el medio ambiente al otro lado del telón de acero. En la República Democrática de Alemania, el 42% de las aguas corrientes y el 24% de las estancadas no eran potables, y el 44% de los bosques sufría lluvia ácida. Casi la mitad de la población soviética habitaba ciudades cuyo aire triplicaba los niveles de polución que en Occidente se consideraban tolerables. Pero el *ranking* de atrocidades lo encabezaban sin duda la gestión del parque de centrales nucleares (depositaban los residuos en el Ártico, en bidones agujereados para que no flotaran) y la desecación del mar de Aral, cuyos ríos tributarios se desviaron alegremente para cultivar algodón en el desierto.

Más o menos durante ese mismo periodo,

UNOS MÉRITOS MUY REPARTIDOS

La izquierda atribuye la impopular liberalización económica a Ronald Reagan, pero fue una obra a la que se sumaron conspícuas figuras del Partido Demócrata, como Ted Kennedy, Jimmy Carter y Bill Clinton.

entre 1970 y 1990, en Estados Unidos, la meca del neoliberalismo, la contaminación atmosférica cayó un 34%, la superficie arbolada aumentó un 20% y la limpieza de los Grandes Lagos mejoró tanto que pudo reanudarse la pesca deportiva.

La clave de este contraste radica, una vez más, en los incentivos. "Allí donde los derechos de propiedad se respetan", explica la Fundación Hoover en *Nine Myths About Capitalism*, "los dueños de terrenos y otros activos físicos tienden a invertir en mejoras que eleven su valor a largo plazo". Este fenómeno se verificaba incluso en la URSS, donde "las haciendas particulares (que suponían una pequeña fracción de la tierra cultivable) producían la mitad de las frutas y hortalizas".

La competencia obliga además a economizar los recursos. "Una buena muestra", se lee en *Nine Myths...*, "es que la energía necesaria para generar un dólar de bienes y servicios en Estados Unidos cayó a un ritmo anual del 1,3% entre 1985 y 2000".

EL PARAÍSO PERDIDO. Rodríguez Braun ha observado en alguna ocasión que no hay campesinos descalzos en las estampas del siglo XVIII. Sabemos que estaban ahí, que pasaban hambre y que por eso acabaron en las fábricas de las que Dickens sí nos da cumplida cuenta. Pero no aparecen en las estampas del XVIII, así que recordamos el siglo por sus graciosas dibujas. Con el panorama que Krugman dibuja de los años 60 ocurre lo mismo: en realidad, no todo era tan fantástico.

Brink Lindsey, vicepresidente del Instituto Cato, explica en *Nostalgianomics* que una tupida malla regulatoria limitaba la competencia en el transporte, la energía o la telefonía. El statu quo laboral estaba asimismo sesgado en favor de los varones blancos: la legislación racista los protegía de los

trabajadores negros e hispanos, y los usos sociales, de las mujeres, cuyo lugar en la sociedad quedaba claramente explicitado en las comedias de Rock Hudson y Doris Day.

Este universo ideal encajó dos embates sucesivos: el movimiento de los derechos civiles y el embargo petrolífero. El primero acabó con la discriminación y el segundo obligó a abrir a la competencia todos los sectores para combatir el estancamiento y la inflación.

El relato progresista atribuye los admirables avances sociales a la izquierda y las impopulares reformas económicas a la derecha, pero los méritos están muy repartidos. El juez que acabó con la segregación en las escuelas fue Earl Warren, un conspicuo conservador al que Dwight Eisenhower había puesto al frente del Supremo. Y la nómina de políticos liberalizadores incluye a varios demócratas: Ted Kennedy promovió el fin de las aerolíneas de bandera, Jimmy Carter desreguló el transporte ferroviario y Bill Clinton coronó la Ronda Uruguay, el último gran desarme arancelario.

Monbiot se lamenta en *The Guardian* de que este proceso ha beneficiado a "los dueños de los servicios públicos privatizados", que obtienen "fortunas gigantes mediante el procedimiento de invertir poco y cobrar mucho", pero los consumidores tampoco hemos salido mal parados.

"Cuando yo llegué a España hace 40 años", rememora Rodríguez Braun, "ya se señalaba la paradoja de que era más caro volar de Madrid a Barcelona que de Madrid a Londres". El monopolio permitía a Iberia cobrar lo que le daba la gana, a cambio de un servicio manifiestamente mejorable. "Los chistes sobre su zumo hacían furor". Ahora no es insólito que el billete de aviación cueste menos que el taxi desde la terminal.

Lo mismo reza para las comunicaciones. "Mi suegro se compró un piso en Buenos Aires antes de que [Carlos Saúl] Menem privatizara la Empresa Nacional de Telecomunicaciones", ▶



VIVA EL (NEO)LIBERALISMO

dice Rodríguez Braun, "y se negó a sobornar a un sindicalista para conseguir una línea. Tardaron 10 años en dársela".

Fernández-Villaverde guarda un recuerdo parecido de España. "Si tenías un amigo en Telefónica, te conectaban en tres meses. ¡Tres meses! Hoy vas a la tienda de la esquina, eliges un *smartphone* y en 15 minutos estás hablando".

TRIBUTOS. Muchos progresistas admiten a regañadientes que las privatizaciones han tenido algún efecto beneficioso, pero objetan que ciertas actividades deberían seguir en manos del Estado. Fernando Fernández, profesor de IE Business School, no ve por qué. "No confundamos la universalidad de la prestación con su provisión en régimen de monopolio", indica. "Garantizar el derecho al transporte, la educación y la sanidad no requiere que los autobuses, los colegios y los hospitales sean públicos. En Suecia, la apertura al sector privado ha logrado reducir el coste de los servicios en 1,5 puntos del PIB sin que se resienta la calidad".

"La competencia es magnífica", coincide José Félix Sanz-Sanz, "incluso en el terreno fiscal. Obliga a la Administración a ser eficiente". Este catedrático de Economía Aplicada de la Complutense cree que la carrera por bajar tributos que se desató en los 80 era inevitable. "Cuando Thatcher llega a Downing Street, el impuesto sobre la renta tenía 11 tramos y un tipo marginal máximo del 83%. Lo comprimí en dos tramos del 25% y del 40%. Ronald Reagan hizo lo mismo: dejó en dos los siete tramos que se encontró y redujo el marginal máximo del 70% al 28%".

¿Y no quedó el Estado inerte frente al mercado? "En absoluto", responde. "El gasto público aumentó en términos reales el 7% en el Reino Unido y el 30% en Estados Unidos".

"Estas rebajas no fueron exclusivas del mundo anglosajón", observa Rodríguez Braun. "Los nórdicos también las aplicaron. ¿Por qué? ¿Porque son hayekianos? No, porque lo anterior no funcionaba".

"La capacidad de recaudar con tipos tan altos es muy limitada", observa a su vez Fernández-Villaverde. "Y no hacen falta para financiar un estado de bienestar generoso. El secreto de los escandinavos es

ese: un mercado dinámico, que facilita la creación de riqueza y permite sufragar unas prestaciones amplias. Esa es la forma inteligente de ser socialista en el siglo XXI".

La progresividad fiscal de los 60, que tanto echa de menos Krugman, era alta solo formalmente. "Para minimizar sus efectos distorsionadores sobre la actividad", dice Sanz-Sanz, "los políticos habían llenado los impuestos de exenciones que favorecerían a quienes podían costearse un buen asesor. En la práctica, aquella progresividad salvaje la terminaban soportando las clases medias".

LOS DATOS. "La existencia es hoy mejor que en prácticamente cualquier otro momento de la historia", escribe el catedrático de Princeton Angus Deaton en el prólogo de *La gran evasión*. "Hay más ricos y menos gente sufre pobreza severa. La esperanza de vida es mayor y los padres no deben presenciar cómo se les muere uno de cada cuatro hijos. A pesar de todo", matiza, "millones de personas aún experimentan los horrores de la indigencia y la muerte prematura. El mundo es enormemente desigual".

Este último reproche se ha convertido en el banderín de enganche

LA EXISTENCIA ES HOY MEJOR QUE EN NINGÚN MOMENTO DE LA HISTORIA

de la izquierda populista. El ex economista jefe del Banco Mundial Branko Milanovic calcula que entre 1998 y 2008 "las rentas del 1% más acomodado [del planeta] han mejorado el 60%", muy por encima de la media. Lo que sucede es que "es dudoso que eso tenga que ver con ninguna ideología", dice César Molinas, economista y autor de *Poner fin al desempleo*. "Es producto más bien de la globalización, que obliga a nuestra mano de obra menos cualificada a competir con los trabajadores del Tercer Mundo. Y eso es así con independencia de que tu Gobierno sea neoliberal o socialista".

Revertir este proceso sería suicida. "España", observa Molinas, "se industrializó gracias a la deslocalización de la Fiat. ¿Habría que revertir eso también?"

"El balance de Milton Friedman es muy positivo", afirma Gabriel Tortella. Si el programa de aquel excéntrico es "la ideología que domina nuestras vidas", como apunta Monbiot, la humanidad no puede por menos que estarle agradecida. Y no hablo solo por boca de los millones de asiáticos, latinoamericanos y africanos que han abandonado la miseria. A los occidentales tampoco nos ha ido mal. Basta entrar en cualquier web de macroeconomía para comprobar que el PIB per cápita no ha dejado de crecer desde los años 80, ni en Estados Unidos ni en Alemania ni en España (ver gráfico en página 24).

¿Y por qué sostiene Escalante que los sueldos alcanzaron "su máximo histórico en algún momento de los primeros 70"? Algunas estadísticas parecen avalar la tesis del estancamiento de las clases medias. Según la Oficina del Censo, entre 1976 y 2006 el ingreso por hogar en Estados Unidos apenas aumentó el 18%, bastante menos que el PIB per cápita. "Una explicación popular es que los dividendos del crecimiento se los han apropiado

los ricos", escribe el vicepresidente del Banco de la Reserva Federal de Minneapolis, Terry Fitzgerald. Pero los números de la Oficina del Censo requieren algunos ajustes. Para empezar, el índice de precios que usa exagera la inflación y sesga, por tanto, a la baja la capacidad adquisitiva. Tampoco incluye las compensaciones no salariales (atención médica, aportación a los planes de pensiones), que suponen una parte creciente de la nómina. Finalmente, las familias son hoy más pequeñas, con lo que hay que repartir las ganancias entre menos miembros.

Una vez que se corrigen estos factores, el panorama cambia considerablemente. Se-

gún la Oficina de Análisis Económico, la renta por persona no mejoró un 18% entre 1976 y 2006, sino un 80%.

Tampoco es cierto que los pobres estadounidenses estén peor que nunca. El sociólogo de Harvard Christopher Jencks explicaba hace poco en la *New York Review of Books* que, cuando se computan las transferencias públicas, los recursos del segundo percentil (o sea, los ciudadanos que ganan menos que el 98% de la población) han aumentado un 23%, los del quinto un 50% y los del décimo un 46% (ver gráfico en página 24). Se puede discutir si es o no una retribución suficiente, pero no que haya ido a más.

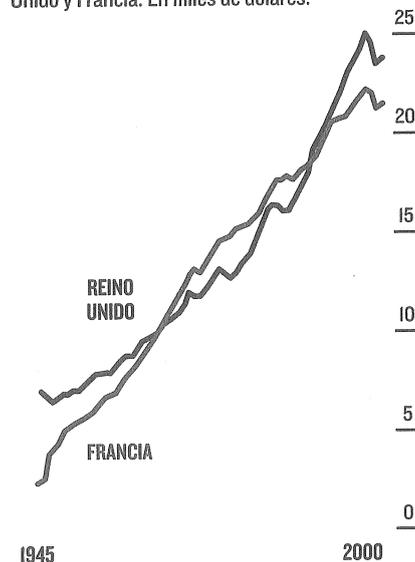
Para desmontar los ataques contra la llamada revolución conservadora, resulta especialmente ilustrativa la comparación entre Reino Unido y Francia. Como puede apreciarse en el gráfico adjunto, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial el PIB per cápita de los británicos era un 12% superior al francés (5.406 dólares anuales frente a 4.793). Las posiciones se invirtieron tras la política dirigista y nacionalizadora iniciada por Clement Attlee en la posguerra. En 1979, cuando Thatcher llegó a Downing Street, los galos eran un 11% más ricos (14.240 dólares frente a 12.828). La Dama de Hierro empezó entonces a dismantlar la herencia laborista al mismo tiempo que su vecino del Elíseo, François Mitterrand, se dedicaba a regular y expropiar y, tres décadas después, la renta de los ingleses era nuevamente un 10% mayor que la francesa (23.777 dólares frente a 21.477).

BUFFETT. "A lo largo de los últimos dos siglos", escribe la historiadora Deirdre McCloskey en el *Wall Street Journal*, "la renta per cápita real [de países como] Japón, Suecia y Estados Unidos se ha multiplicado por 30". Y esta mejora ignora la irrupción de artículos inimaginables en 1800. "Contemple la magnífica abundan-



HISTORIA DE DOS CIUDADES

Evolución del PIB per cápita de Reino Unido y Francia. En miles de dólares.



Fuente: Maddison Project, citado por The Real Economy.

cia que exhiben las estanterías de los centros comerciales. Considere todos los dispositivos casi mágicos de comunicación y entretenimiento que están hoy al alcance incluso de las personas más humildes.

¿Conoce a alguien que padezca una depresión clínica? Puede encontrar ayuda en una amplia

variedad de medicamentos de los que ni siquiera el multimillonario Howard Hughes pudo disponer. ¿Necesita un trasplante de cadera? En 1980 era una intervención que se encontraba en fase experimental".

Por mucho que cenizos como Krugman o Pablo Iglesias reiteren que la humanidad es un desastre, la realidad objetiva es que nunca estuvo mejor. ¿Y no cabe la posibilidad de que hayamos tocado techo? ¿No ha sido la

Gran Recesión un siniestro aldabonazo, la advertencia de que "el neoliberalismo se está cayendo a trozos" y es "un zombi", como dice Monbiot?

Yo no me apresuraría a tocar a muerto. "Muchos americanos piensan que sus hijos vivirán peor que ellos", escribe Warren Buffett en su última carta a los accionistas de Berkshire Hathaway. "Es una opinión totalmente errónea: los niños que están ahora mismo naciendo en Estados Unidos son los más afortunados de la historia". La renta real per cápita crece el 1,2%, un ritmo que "quizás no parezca impresionante", pero que acumulado a lo largo de "una generación de, digamos, 25 años" arroja una mejora del 34,4%.

"Los políticos actuales no deberían derramar lágrimas por los niños de mañana", continúa. "De hecho, a muchos niños actuales ya les va muy bien. Todas las familias de mi vecindario de clase media alta disfrutaban de un tren de vida superior al que llevaba John D. Rockefeller cuando yo vine al mundo". Y concluye: "Durante 240 años ha sido una terrible equivocación apostar contra Estados Unidos, y ahora no es el momento de empezar".